

Bacchus

antes: 49 kg

después: 52 kg

Queso Fundido con Cuitlacoche \$45.00
Camarón Relleno a las Finas Hierbas \$95.00
Filete de Salmón Acrópolis \$130.00
Pie de Mango \$35.00
2 Copas de Vino Blanco \$80.00
Total: \$385.00

No pude detener los elefantes

(Homenaje escénico a Carmen Alardín)

MARIO CANTÚ TOSCANO

Personajes:

Carmen

Jaime

Silvia

Elefantes

Unos tambores africanos anuncian la inminencia de los elefantes.

Carmen: Puedo jurar que hice lo posible.

Jaime: Incluso lo imposible.

Silvia: Pero ellos fueron más poderosos.

Jaime: Un día llegaron sin que nos diéramos cuenta.

Carmen: De pronto salieron de todas partes. Brotaron por las vitrinas.

Silvia: De las alcantarillas.

Jaime: El primero que yo vi salió de mi taza de café.

Silvia: Y por más que hice...

Jaime: Aunque traté con todas mis fuerzas...

Carmen: Por más que lo intenté...

Los tres: No pude detener los elefantes.

Carmen: A los elefantes les gusta el dinero, yo creo que por eso llegaron a mi oficina.

Jaime: Carmen, las facturas.

Carmen: Ya sabía yo de su existencia...

Silvia: Carmen, los depósitos.

Carmen: ...incluso los había visto en las noticias...

Jaime: Carmen, el reporte.

Carmen: ...pero cuando al fin llegaron...

Silvia: Carmen, la verdad.

Carmen: ...me causaron un temblor en la parte occipital del ombligo.

Carmen: Esculcaron la oficina y la dejaron patas arriba.

Jaime: Carmen, tienes llamada en el corazón por la línea dos.

Carmen: Lo primero que hicieron fue cambiar todo para que todo siguiera igual.

Silvia: Igual no.

Carmen: Igual, pero mejor... o peor, no sé.

Silvia: Los elefantes impusieron el ISO 9000.

Jaime: Los elefantes se tragaron los archivos y guardaron todo en su memoria.

Silvia: Los elefantes me obligaron a usar teléfono celular bajo amenazas de hacerme comer una grapadora si no lo hacía.

Jaime: Los elefantes aplastaron a la competencia con sus patas grandes y mullidas.

Carmen: Los elefantes me ascendieron de puesto y despidieron a todos los ejecutivos que se rehusaron a comer nieve de limón o que tuvieran más de cincuenta años.

Elefante 1: Carmen, soy un elefante y debes montar sobre mi espalda si quieres cruzar la calle sin que otro elefante te aplaste.

Carmen: Sí, compañero elefante.

Jaime: Pero aunque cambiaron todo para dejarlo igual, nadie estuvo de acuerdo con los cambios.

Silvia: Hacíamos juntas secretas en los baños para conspirar.

Elefante 2: Carmen, hemos descubierto una conspiración contra los elefantes.

Elefante 1: Y sospechamos que tú eres la que lo encabeza.

Jaime: Carmen nunca nos delató...

Silvia: ...pero...

Carmen: Compañeros elefantes, nadie conspira contra ustedes.

Elefante 2: Si mi memoria no me falla —y efectivamente nunca me falla— ayer por la mañana encontré cáscaras de naranja en los baños.

Elefante 1: Y los humanos sólo comen naranjas en el baño cuando están conspirando.

Elefante 2: Es un síntoma inequívoco de elucubraciones.

Carmen: Yo no quiero decir que estén en un error, porque los elefantes nunca se equivocan. Y nunca se equivocan porque tienen memoria. Por eso no los pienso contradecir.

Elefante 1: ¿Pero?

Elefante 2: ¿Pero?

Carmen: Desde ahora estarán prohibidas las naranjas en la oficina. Y las manzanas, porque sólo avivan los deseos.

Elefante 2: Y las sandías, porque tiene la semilla negra, igual que los humanos.

Elefante 1: Desde ahora sólo se permitirá comer membrillos.

Elefante 2: Pero amarillos.

Carmen: Así se hará.

Silvia: (*En secreto a Jaime*) Pero los membrillos no sirven para conspirar.

Jaime: (*Igual*) Por eso lo hacen.

Carmen: Los elefantes sabían que los membrillos nos roban las ideas y nos dejan la cabeza seca.

Jaime: Y lo único que podíamos hacer era pensar en el trabajo.

Silvia: Pero yo, para contrarrestar su efecto puse calendarios de gatitos en mi oficina. Y traían un chiste para cada día. Sólo así pude sobrevivir.

Jaime: Estábamos hartos...



Carmen: Pero un día hubo elecciones y el gobierno cambió.

Jaime: Los mercados colapsaron.

Carmen: Pero los elefantes nos salvaron porque impusieron a su candidato.

Silvia: Y su fuerza fue aplastante.

Carmen: Arrasaron con los demás candidatos.

Elefante 1: ¡Saltan! (*Los tres saltan*)

Elefante 2: ¡Rueden! (*Los tres ruedan por el piso*)

Elefante 1: ¡Sentados! (*Los tres se sientan*)

Elefante 2: ¡La patita! (*Los tres le dan la mano a los elefantes*)

Jaime: (*En secreto a Carmen*) ¿Y eso cómo nos ayudó?

Carmen: (*Igual*) Porque al estar así nos obligó a poner más atención en lo que hacíamos.

Silvia: Hoy he decidido que nunca más voy a olvidar.



Jaime: Los elefantes ya sabían que me gustaba la poesía de Pellicer.

Carmen: “Trópico, ¿para qué me diste las manos llenas de color?”

Jaime: Y sospecharon que era admirador de Amado Nervo.

Silvia: “Si tú me dices ven, lo dejo todo.”

Jaime: Nunca he sido un hombre de la iglesia, pero tengo quizá algo de espiritual.

Las dos: ¡Amén!

Jaime: Será acaso porque mis dos ficciones favoritas son *En busca del tiempo perdido* y la Biblia.

Silvia: Jaime, el tiempo ya se encontró.

Jaime: A los elefantes les gustan los cuentos de la selva.

Carmen: Y las historias de terror donde el asesino es atrapado al final.

Silvia: A los elefantes les gustan los finales felices.

Carmen: Donde haya besos o el malo muera de fatalidad.

Jaime: El primer elefante de mi vida salió de mi taza de café, pero el segundo lo encontré vagando en mi librero.



Jaime: Quise espantarlo con un matamoscas, pero los elefantes tiene la piel dura y la cabeza helada. Salí a la calle para ver si me seguía...

Silvia: ...pero las calles estaban llenas de ellos.

Carmen: Algunos hacían manifestaciones contra la inseguridad.

Silvia: Otros hacían picnics en los parques.

Carmen: Unos más se subían a los techos de los autobuses para predicar la palabra de Rudyard Kipling... pero solían omitir la parte de la masonería.

Jaime: Pronto se apoderaron de las iglesias y de las bibliotecas, de las universidades y los teatros... en fin, cualquier lugar que tuviera un texto sagrado y un foro para recitarlo.

Silvia: Jaime, cuéntame otra vez del día que fuiste al teatro...

Carmen: Sí, Jaime, ese día en que veían Jesucristo Superestrella...

Jaime: Y un elefante se levantó de su asiento. Detuvo el espectáculo barritando y se subió al escenario.

Elefante 2: Yo no soy un elefante de circo, pero sé perfectamente cuando un espectáculo tiene *canú*, y éste no lo tiene.

Silvia: (*En voz baja*) ¿Qué es *canú*?

Carmen: ¡Shhhh!

Jaime: Señor elefante, podría bajarse del escenario... pagamos por ver una obra, no un elefante que ni siquiera es de circo.

Elefante 2: Esto no es un espectáculo, porque no tiene *canú* alguno. Y por favor, no vuelva a llamarme señor, porque eso es ofensivo en doce idiomas y seis dialectos.

Elefante 1: Yo concuerdo con el camarada elefante.

Elefante 2: Gracias, elefante.

Elefante 1: De nada, elefante.

Carmen: Los elefantes son muy educados.

Jaime: Pero no dejaron que la obra continuara. Y en lugar del musical, ellos se pusieron de acuerdo para hacer un teatro *kabuki* que contaba la historia de una diosa elefanta que se bañaba en miel para atraer la buena fortuna y así poder conquistar la tierra de los no-elefantes. No tenía mucho sentido, pero eso sí, tenía mucho *canú*.

Elefante 1: ¿Tienes un libro que me prestes?

Jaime: Me dijo una vez un elefante con quien solía jugar ajedrez.

Elefante 1: Es que los que me han prestado les falta *canú*.

Jaime: Te puedo prestar la Biblia.

Elefante 1: Le falta *canú*.

Jaime: Tengo un poemario de Octavio Paz.

Elefante 1: Le falta *canú*.

Jaime: ¿Una novela de García Márquez?

Elefante 1: Cero *canú*.

Elefante 2: Acérquense compañeros, que quiero predicar.

Silvia: ¿Y ése qué se trae?

Carmen: No sé. ¿Vamos a ver?

Jaime: ¿Un estudio de Lacan?

Elefante 1: ¡*Anticanú!*

Elefante 2: Ustedes han venido por la palabra.

Silvia: Yo quiero oír la palabra.

Jaime: Te puedo prestar *Pedro Páramo*.

Elefante 1: Tiene *canú*, pero no sé...

Jaime: ¿Qué?

Elefante 1: Es que no salen elefantes.

Carmen: Danos la palabra que vienes a predicar.

Elefante 2: Pero no les voy a dar la palabra, les voy a dar el silencio, que es de donde se originan las palabras.

Silvia: ¡Él tiene el silencio!

Carmen: Elefante, danos el silencio.

Jaime: Fue cuando se comenzaron a apoderar de todo, derrumbaron las paredes de las escuelas y se comieron los libros de las bibliotecas.

Silvia: Y de pronto, en todas las esquinas había elefantes predicando el silencio... y todos sus discursos estaban llenos de *canú*.

Carmen: Las iglesias se vaciaron porque la gente se había hartado de las palabras y prefería que las cosas tuvieran *canú*.

Jaime: Los elefantes comenzaron a editar libros sin palabras, libros sin historias, libros sin hojas, pero eso sí, llenos de *canú*.

Elefante 2: Ahora tenemos que seguir con el cine y los teatros.

Elefante 1: Camarada elefante, tienes toda la razón, les falta *canú* a todas esas cosas.

Jaime: Enséñenme a leer el *canú*, a creer en el *canú*, a verlo y respirarlo.

Silvia: Compañero elefante, ¡cómo pudimos ser tan ciegos!

Carmen: Jaime, ¿quién te enseñó a apreciar el *canú*?



Elefante 2: Ustedes confían demasiado en las palabras, en los íconos, y en los desayunos incluidos.

Elefante 1: Ustedes confían demasiado en los discursos acalorados, en las promesas de otra vida y en las baratas de Liverpool.

Elefante 2: Se dejan llevar por los anuncios luminosos, por los sermones de papel y los tiempos compartidos.

Elefante 1: Se han cegado ante la inteligencia suprema, ante la estupidez grandilocuente, ante los vestidos de novia y el perdón divino.

Silvia: Yo confieso que he visto muchas películas de Julia Roberts.

Elefantes: ¡Pecadora!

Carmen: Confieso que me gusta pagar en abonos chiquitos para pagar poquito.

Elefantes: ¡Pecadora!

Jaime: Admito que he leído libros de Isabel Allende.

Elefantes: ¡Pecador!

Silvia: Admito que he adorado falsos dioses como Erich Fromm, Johnny Depp y George Bush.

Elefantes: ¡Estúpida!

Carmen: Yo he comprado productos para adelgazar, audiolibros, sartenes multiusos, y el perdón de mis pecados.

Elefantes: ¡Infame!

Jaime: Confiésome, padres elefantes, que creo en Dios, en Buda, Santa Claus, y Sigmund Freud.

Elefantes: ¡Promiscuo!

Jaime: Y así los elefantes nos fueron liberando de nuestras ataduras mentales.

Carmen: Nos despojaron de nuestros prejuicios.

Silvia: Para ponernos los suyos y forjarnos otras ataduras.

Jaime: Elefante, si tú me dices ven, lo dejo todo.

Carmen: No volveré siquiera la mirada.

Silvia: Que tu voz, como toque de llamada...

Jaime: ...levante mi alma de su lodo.

Carmen: Si tú me dices ven...

Silvia: ...todo lo deajo.

Jaime: Ah cómo fui pendejo.

Silvia: Decíamos frases como “el silencio no se crea ni se destruye, sólo se transforma”.

Jaime: “Lo que pasa es que el silencio es relativo”.

Carmen: “Pero el *canú* es absoluto, porque el *canú* es la base de la democracia”.

Jaime: Lo que pasa es que el *canú* está instaurado en el yo.

Silvia: Pero el *ello* sólo es silencio.

Jaime: Y todo lo demás es literatura.

Carmen: Pero la literatura no depende del escritor, sino del silencio del lector. Es decir, sin elefantes no hay drama. Fin de la discusión.

Jaime: (*Pausa*) Pero un día, después de toda esta mañana, encontré un viejo libro, de esos que todavía se imprimían en papel, de un autor con cero *canú*, con palabras que hostigaban el silencio, donde no había ni un solo elefante, del cual todos desconfiaban... lo leí... y estaba repleto de *canú*.



Silvia: Ahora puedo contar —pero antes no— que yo era muy humilde en mi sexual.

Jaime: Silvia, ven a la cama.

Silvia: Que mi relación con los hombres, las mujeres, las quimeras y los alicantés, estaba constipada.

Carmen: Silvia, ven al rincón.

Silvia: Me aterraba el hecho de que alguien pudiera verme los calzones.

Jaime: Silvia, ven a la desolación.

Silvia: Mis pezones me daban vergüenza, mis nalgas eran carne sin sal, salía a la calle temerosa de que alguien me fornicara en una esquina tan sólo con la mirada.

Carmen: Ven a donde está el sabor.

Jaime: Que se derrite en tu boca, no en las manos.

Carmen: ¿Hasta dónde quieres llegar hoy?

Jaime: Conectando a la gente.

Carmen: Sólo hazlo...

Los dos: ...y hazlo ya.

Silvia: Veía sexo en cualquier lugar y eso me causaba una punzada en el lugar más secreto del corazón.

Jaime: Estuviste bien anoche, pero...

Silvia: ¿Pero qué?

Carmen: ¿Y qué te dijo?

Jaime: Como que no estabas presente.

Carmen: ¿Cómo pudo decirte algo así?

Silvia: (*A los dos*) Sí, ¿verdad?

Carmen: ¿Pero tú cómo te sientes?

Jaime: ¿No te gusta cómo soy?

Silvia: (*A los dos*) No sé.

Carmen: ¿Alguna vez has tenido un orgasmo?

Jaime: Si quieres podemos dejar de vernos.

Silvia: (*A los dos*) No.

Los dos: No te entiendo, en verdad que no te entiendo, mujer.

Silvia: Pero un día los elefantes decretaron una nueva ley.

Jaime: A los elefantes les gustan las películas tristes para poder llorar sin ser vistos.

Carmen: A los elefantes les gusta romper los cacahuates, pero no para comerlos, sino para llorar sin ser oídos.

Silvia: Los elefantes detestan el color rosa y el alcohol, porque el alcohol los hace verse de ese color.

Jaime: A los elefantes les gustan las zapatillas de ballet para llorar sin ser sentidos.

Carmen: A los elefantes les gusta eructar durante la comida, pero no por satisfacción, sino para llorar sin ser oídos.

Silvia: Los elefantes odian los ratones porque parecen elefantes pero pequeños, y ellos odian verse pequeños. Fue por eso que impusieron una ley que dice...



Elefante 1: A todo aquél que se le sorprenda bebiendo para llorar...

Elefante 2: ...llorando por beber...

Elefante 1: ...o dándole una medalla al mérito cívico a un ratón...

Elefante 2: ...será condenado a la pena máxima.

Jaime: ¿La muerte?

Carmen: ¿El exilio?

Silvia: ¿Una auditoría?



Silvia: Nadie lo supo por un tiempo y se nos olvidó.

Carmen: Seguimos con nuestras vidas como si nada.

Jaime: Hasta que un día tuvimos una fiesta. Metimos alcohol de contrabando y...

Silvia: ...obvio...

Carmen: ...terminamos llorando y cantando canciones de Fito Páez, que no son tristes ni melancólicas, pero cómo me hacen llorar. Yo tuve suerte y alcancé a esconderme, pero ellos...

Elefante 2: (A Jaime y Silvia) Ustedes dos, se les condena a la pena máxima:

Jaime: A los elefantes les gusta el amor.

Elefante 1: Se les condena a fornicar...

Silvia: Los elefantes son perversos.

Elefante 2: ...frente a los elefantes.

Jaime: Yo creo que por eso a los elefantes les gusta la música de Barry White.

Comienza a escucharse la canción "You are my first, my last, my everything", de Barry White. Mientras, los elefantes obligan a Jaime y Silvia a desvestirse. Ambos se van quitando las ropas ejecutando una coreografía junto con los elefantes. Quedan ocultos detrás de algún elemento escenográfico pero las piernas y los brazos quedan a la vista. Con ello se pone de manifiesto que el acto es sumamente pasional. Los elefantes contemplan extasiados mientras siguen bailando. Al final de la canción se retiran a un rincón de la escena. Jaime y Silvia se visten.

Silvia: No sé por qué, pero sentir la mirada de los elefantes me abrió la vida.

Jaime: El hecho de que fuera un castigo y no un placer lo hizo más placentero.

Carmen: La mirada. La mirada cura.

Elefante 1: La mirada está prohibida.

Elefante 2: Todo aquel que mire de forma lasciva, concupiscente o feromonal...

Elefante 1: Todo aquel que se deje mirar...

Elefante 2: Todo aquel que ejerza la mirada...

Elefantes: ...será sentenciado a ser aplastado por los elefantes.

Silvia: Pero necesitábamos la mirada sobre nosotros.

Carmen: Yo necesitaba mirar.

Jaime: Así que tuvimos que escondernos.

Silvia: Y eso fue más fuerte, porque la mirada es una cosa, pero la mirada secreta es más densa.

Carmen: Nos ocultamos para hacer y mirar... para mirar el hacer... para hacer la mirada.

Silvia: Lo prohibido nos arrojó hacia los cuartuchos de hoteles lejanos.

Jaime: Nos vertió por las alcantarillas, a donde no pueden llegar los elefantes.

Carmen: Una vez tuvimos que meternos los tres en la cajuela de un carro para explorar nuestros límites.

Jaime: Y cuando creímos que habíamos llegado al límite, otra vez nos dábamos cuenta que había otro límite más lejano.

Silvia: Y se convertía en reto para alcanzarlo.

Elefante 1: Pobres humanos.

Elefante 2: Pero es la única forma en la que entienden.

Elefante 1: Hay que prohibirles las cosas para que las puedan explorar.

Elefante 2: Si uno no les prohíbe algo...

Elefante 1: ...o les dice que no se puede hacer...

Elefante 2: ...o que es una meta inalcanzable...

Elefante 1: ...no lo hacen. ¡Pobres humanos!

Carmen: Y hubo un momento en que dejamos de ver a los elefantes.

Silvia: Ahí estaban, pero ya no los veíamos.

Jaime: Pasaron a ser parte de la vida, de la intimidad y del paisaje, de la memoria colectiva, que es la que se olvida de tanto que se mira.

Carmen: Porque ya no eran una parte de la vida o de la ciudad, no eran parte de nosotros... no eran parte, eran el todo.

Jaime: "No puedes ver el bosque porque los elefantes te tapan".

Silvia: "Más vale elefante en mano que un ciento en la calle".

Carmen: "No hay elefante que dure cien años ni alguien que aguante su peso".

Carmen: Hoy andaba de malas y el jefe nos salió con su misma pendejada de siempre, así que le dije sus verdades, agarré mis mugres y me fui.

Silvia: ¿En serio?

Jaime: ¿Renunciaste?

Carmen: Pues sí... es que... simple y sencillamente no pude detener los elefantes.

Silvia: Hoy venía caminando por la plaza, hacía un calor de los demonios en el convento, te lo juro que me estaba derritiendo. Cuando pasé por la fuente me le quedé viendo unos segundos...

Carmen: ¿Y qué hiciste?

Silvia: ...como no pude detener los elefantes, me metí a bañar.

Jaime: ¿Se acuerdan de la nueva chica que llegó a la oficina?

Carmen: ¿La del culo emancipado?

Jaime: Esa mera. Pues que nos mandan juntos a la presentación del nuevo producto. Ya en el hotel, me pide que le ayude a desempacar y comienza a mostrarme toda su ropa interior.

Silvia: ¡Eres un cabrón!

Jaime: Lo siento, no pude detener los elefantes.

Silvia: Pues te me vas a la chingada.

Jaime: Fue sólo el momento, no significa nada para mí

Silvia: Pero yo ya no siento nada por ti.

Jaime: No es cierto.

Silvia: Se murió, ya no me haces brillar.

Jaime: ¿Pero dime en qué fallé?

Silvia: En nada, no eres tú... es sólo que... no pude detener los elefantes.

Carmen: Me voy a mudar con Raquel.

Silvia: Pero habíamos quedado en que íbamos a compartir el departamento.

Carmen: Yo sé...

Silvia: No entiendo por qué haces eso.

Carmen: Lo siento... no pude detener los elefantes.

Jaime: Me di de baja en la maestría.

Carmen: Pero te estaba yendo muy bien. Tenías el mejor promedio de la generación.

Silvia: Ya estabas haciendo la tesis, la tenías muy avanzada.

Carmen: ¿No te acuerdas lo emocionado que estabas con el proyecto que tenías planeado?

Silvia: ¿No nos pagaste unas cervezas para celebrar

cuando te admitieron?

Carmen: Si había ocasiones en que no parabas de hablar de ello. ¿Qué pasó?

Jaime: Nada.

Carmen: ¿Cómo nada?

Jaime: Nada... es sólo que no pude detener los elefantes.

Silvia: Y un día volteamos y se habían ido.



Carmen: ¿Qué íbamos a hacer sin los elefantes?

Jaime: Comenzaron a mudarse a la siguiente ciudad.

Silvia: Nos estábamos quedando sin elefantes. Desaparecían. Un minuto estaban en los almacenes y al siguiente ya no estaban.

Carmen: Veías a cinco en un taxi y luego, al doblar la esquina, ya no estaban.

Jaime: Dimos aviso a los medios de comunicación, se hicieron campañas, marchas, incluso intentamos encadenarlos a los hidrantes, pero nada. Se iban. Se esfumaban.

Carmen: Quizá habían cumplido un ciclo.

Silvia: Quizá se fueron a desovar.

Jaime: Alguien dijo que se fueron a morir al monte.

Carmen: El caso es que por más que hice...

Silvia: Por más que lo intenté...

Jaime: Con todas mis fuerzas...

Silvia: Con todas las flaquezas...

Carmen: Por mucho que traté...

Los tres: No pude detener los elefantes.

Oscuro.